

# Prólogo

## Un eterno aprendiz

Viver!  
E não ter a vergonha  
De ser feliz  
Cantar e cantar e cantar  
A beleza de ser um eterno aprendiz...  
Eu sei, eu sei  
Que a vida devia ser  
Bem melhor e será  
Mas isso não impede  
Que eu repita  
É bonita, é bonita, é bonita...  
Gonzaghinha

Hacia tiempo que muchos esperábamos un texto que recogiera las reflexiones de Cristóbal y sus certeras palabras. O porque lo habíamos escuchado dar una conferencia, o porque habíamos leído sus escritos en blogs y redes sociales. O, como yo, porque hemos tenido la suerte de conocerlo y sabemos que con su actitud vital y su saber nos puede ayudar a comprender lo que pasa en la escuela y en el interior de cada uno de nosotros, los maestros y maestras de a pie.

Pues bien, aquí está, por fin, su nuevo libro: *Pensando en la infancia*. Un libro que contiene, como su nombre indica, los pensamientos y experiencias de un maestro que muestra la actitud humilde de un eterno aprendiz, y a la vez aporta generosamente sus copiosos conocimientos teóricos y sus alusiones filosóficas, sociológicas y pedagógicas, iluminando y haciendo más entendible el día a día en la escuela.

Cristóbal *pone oído*, como él dice, a los niños y niñas, a las familias, a los compañeros, a la sociedad y también a sí mismo, como persona acompañante del crecer de *la chiquillada*. Y *pone oído*, según explica, «para seguir aprendiendo»; no para volver rentabilidad pedagógica lo que se habla y se siente en su aula, sino para ir comprendiendo qué es lo que genera el comportamiento de

los niños: los ataques de ira de un niño, las ausencias de otro, la tristeza de esta nena, la envidia de aquella otra. Porque la escuela que él practica y propone es una escuela en la que los niños y las niñas son mirados, escuchados, comprendidos y queridos por los maestros que los acompañan.

En el texto plantea que tanto la realidad como las personas somos diversas y complejas; por eso se toma el trabajo de asomarse a las relaciones con los niños con la profundidad necesaria para llegar al *piso de abajo* de cada uno de ellos y atender, en la medida de lo posible, sus necesidades, sus diferencias y sus delicadas sensibilidades, siempre únicas. De hecho, en los títulos de los dos capítulos de su libro, aparece incluida la palabra diversidad. El primero se llama: «Un aula infantil abierta la diversidad», y el segundo: «La diversidad en la escuela». Y esto responde por un lado a las dos dedicaciones del autor, que ha sido durante bastantes años un extraordinario maestro de Educación Infantil y, durante otro buen montón de años, un sensible maestro de pedagogía terapéutica. Pero por otro lado responde al empeño que tiene en dejar claro que los rasgos particulares de cada niño son elementos fundantes de su ser y que han de considerarse como auténticos signos de identidad a valorar, observar, respetar y cuidar, porque son los que lo conforman y lo hacen ser persona de una determinada manera.

Nos habla en el libro de asuntos reales, candentes, diarios y acuciantes para cualquier maestro: escasez de recursos, ratios excesivas, burocracia, negocio, demandas masivas a quienes educan, períodos de acogida estandarizados... Nos habla de las dudas, los sufrimientos, los miedos y las angustias que se dan en las escuelas, en los maestros, en las familias y en los mismos niños. Y también de los encuentros, los juegos, las alegrías, los cuidados, las amistades o los besos. Nos habla de particularidades, de historias, de biografías, de identidades a sostener y alentar. Nos habla de niños, de niñas, de subjetividades que necesitan ser escuchadas. Y sostiene que el hecho educativo es una aventura, un proyecto, un deseo, un desafío, porque la escuela es una entidad dinámica, cambiante, vital, siempre en marcha y siempre inacabada.

A mí me gusta que hable con igual desparpajo del *piso de arriba*: saberes, aprendizajes y conocimientos; que del *piso de abajo*: afectos, sentimientos y vínculos. Que le pierda el respeto al sacrosanto currículum y sus obligaciones, exigencias y deberes. Que se atreva a plantear la evaluación como algo flexible y personalizado, y no como algo estandarizado y protocolario. Que defienda una escuela en la que quepan los deseos de los niños y sus alegrías, o sea: la libre elección, el juego sin cortapisas, la imaginación, el placer del movimiento, la expresión y la fluida circulación de la palabra.

Cristóbal nos invita a los maestros a dudar, a reflexionar, a ponernos en cuestión, a cambiar, a sentir la magia del aprendizaje, a mirar con el corazón. Nos invita a jugar con cajas, con bichos, con palabras, con sueños. Nos invita a cantar, a bailar, a decir poesías, a hacer teatro, a vivir los cuentos, a mirarse en el espejo de los ojos de los demás. Nos invita a poner en juego el cuerpo, los deseos y las relaciones para hacer proyectos con los niños que lleguen hasta Perú, para poder pensar qué penas esconden los enfados, para habitar una escuela en la que den ganas de estar y no de salir corriendo.

Y es que este libro invita a vivir el hecho educativo de una manera abierta, a perder el miedo, a permitirte no tenerlo todo atado y programado, a improvisar y a seguir las pistas que te dejan los niños, y que, como las piedrecitas blancas que se echaban en el bosque, evitarán que nos perdamos en la hojarasca de los papeles, los apresurados horarios, las estereotipadas fichas y las tantas actividades repetitivas y sin sentido, que a veces nos someten a niños y maestros en aras a unos aprendizajes supuestamente imprescindibles.

Con frecuencia, en las publicaciones o en los discursos pedagógicos, hay temas recurrentes que todo el mundo nombra y que van cambiando con el tiempo, las modas y las ideologías. En estos momentos se lleva mucho hablar de inclusión, de diversidad, de juego, de educación emocional, de proyectos, de ambientes, etc. Pero si escuchamos con atención los contenidos que se dicen, veremos que hay líneas muy distantes tanto en las propuestas como en las teorías que las inspiran. Por ejemplo, hay quien habla de potenciar la creatividad, y lo que sugiere es colorear dibujos, pintar *por dentro de la raya* o seguir las consignas a rajatabla. Nada de dibujar libremente, nada de inventar, nada de soñar una casa y construirla. Nada de fabular una historia nueva, nada de divergencias, ni de libre elección o de autonomía al escoger tarea, material, tema o compañeros.

Sin embargo, al leer el libro de Cristóbal, vemos cómo la coherencia impregna sus palabras, cómo las teorías cobijan a las prácticas que les son afines, cómo las experiencias son analizadas al hilo de las filosofías pertinentes. No hay capas que camuflen las realidades, no hay desorden ni sinsentidos. Hay una actitud abierta y una sentida voluntad de comprender, de acompañar y de encender la curiosidad de los niños. Sin subterfugios ni engaños. Con la pasión puesta en respetar, esperar y alegrarse ante su crecer saludable. Con los cinco sentidos puestos en acoger, recibir y responder a la diversidad de los niños desde nuestra propia diversidad.

El segundo capítulo me ha resultado muy impactante. En él, entre otras muchas cosas, explica que, ante la demanda de las familias de una cura o so-

lución de los problemas que tienen los niños con necesidades educativas especiales, la respuesta generalizada de los docentes es decir que «*sí podemos*». Cuando lo que tendríamos que aclarar es que no es totalmente así, asumiendo la realidad de que para que un niño mejore ha de implicarse y cambiar todo su contexto. Por eso dice con claridad y contundencia: «No somos curanderos. No somos magos. No somos terapeutas, somos educadores».

Me han impresionado los casos que cuenta, en los que se evidencian ignorancias, errores, prejuicios, proyecciones, superficialidad en las actuaciones de las *autoridades competentes*, diagnósticos hechos demasiado a la ligera por parte de los especialistas y tantas cosas más que recaen en los niños. Pero esto que él señala, lo hace con ánimo de que cambie, con ganas de que mejoren las cosas y no en plan de crítica feroz. De hecho, él mismo se pone como muestra de lo que puede obrar a veces el no saber o la falta de experiencia. Todo un baño de humildad y un ejemplo de superación.

Me gustaría destacar un caso en el que relata que una de sus alumnas con necesidades educativas especiales tenía la habilidad de detectar la esencia de los seres humanos, dejando que se le acercaran las que sentía como buenas personas y huyendo de las que no sabían, no podían o no querían conectar o ponerse en el lugar de los demás. Y esto rezaba para niños y para maestros. Ella era una alumna-espejo que notaba y reflejaba las dificultades y carencias de los que estaban alrededor, y que, según dice Cristóbal, le hizo ver muchos agujeros en su formación y lo animó a estudiar y profundizar para poder entenderla mejor (el *eterno aprendiz*, como canta la samba).

Otro caso que cuenta es el de un chico etiquetado con TDAH, que tenía una madre maltratada y una situación familiar de gran precariedad e inquietud. Cristóbal se pregunta si ciertos diagnósticos tienen en cuenta las realidades afectivas que envuelven a los niños o solo pretenden taponar los síntomas que denotan su sufrimiento. E incluso se plantea si hay intereses económicos ocultos en esas medicaciones de moda que se recetan tan a la ligera, sin medir las consecuencias, aún desconocidas, de muchos fármacos.

Cristóbal nombra en su libro ciertas cosas innombrables en este momento en que se habla desde el triunfalismo y la homogeneidad, como son *los niños malos*, las rabietas, los desafíos, los miedos, las proyecciones y las numerosas conmociones emocionales que hacen que los niños enmudezcan, peguen, se escondan, no aprendan, se enfaden, llamen la atención o reclamen amor a gritos.

Y es que ser maestro de Educación Infantil o maestro de educación especial requiere poner el cuerpo y el alma a disposición de los alumnos. Requiere descu-

brir que los niños son personas, sujetos diferentes unos de otros y que necesitarán un trato acorde a sus genuinas formas de ser. Requiere aceptar las propias ignorancias y rellenar los huecos cognoscitivos y emocionales para estar lo más serenos y equilibrados que sea posible y así estar disponibles a las necesidades de los niños y sus familias. Requiere tratar de ser maestros deseosos de aprender, tolerantes y prestos a la ternura y a la esperanza.

No puedo dejar de decir en esta presentación que este no es un libro cómodo, ni típico, ni clásico. No da recetas de cómo actuar, no propone materiales ni programaciones innovadoras. Es uno de esos libros que hacen mirar hacia adentro, reflexionar y escudriñar en los recovecos de nuestra práctica y de nuestro *piso de abajo* personal y profesional. Y es por eso por lo que recomiendo calurosamente su lectura a los maestros y maestras, porque he comprobado por mí misma que su sencillez y su claridad son capaces de atravesar las resistencias y ponernos a pensar, a analizar nuestra práctica, a profundizar en nuestras actitudes más profundas y a decidirnos a cambiar algunas cosas.

Además, le veo una gran virtud adicional; es un libro que emociona y que te hace sentirte muy cerca de los niños, no solo en sus momentos brillantes, sino también en sus dificultades o detenimientos. Es un libro que te despierta el urgente deseo de ser un buen maestro.

Cristóbal, maestro de pura cepa, valiente pensador, apasionado y tierno, ¡gracias por habernos llevado de la mano a descubrir de nuevo nuestro oficio!

Mari Carmen Díez Navarro

# Introducción

Este libro es la recopilación de textos que fui escribiendo a lo largo de mi vida profesional, primero como maestro de Educación Infantil y luego como especialista en pedagogía terapéutica.

Nuestra tarea en la escuela es tan compleja que andamos buscando luces que alumbren los momentos más difíciles y que iluminen a la vez las experiencias más apasionantes. Así, el origen de estos escritos surge, en muchos casos, del sufrimiento y entusiasmo que me generaron las niñas y los niños del aula; en otras ocasiones, de los cuestionamientos que me plantearon mis compañeras y compañeros, o las familias; otras muchas veces, de reflexiones que me suscitó alguna lectura o la preparación de algún curso que impartí; y, muy habitualmente, de las dudas que siempre me provocó mi labor como docente.

Estas reflexiones nacen, pues, de la necesidad de plasmar, de alguna manera, esta tarea tan compleja que es la educación, con el anhelo de poner orden y concierto en mis emociones derramadas en muchos momentos de vida escolar. Intento pasar a limpio mis incertidumbres cotidianas, dando pinceladas que iluminen la complejidad de este quehacer inquietante. Y mientras pinto con palabras modestas la realidad en la que trabajo, voy juntando mis pedazos, como diría Eduardo Galeano, para navegar en equilibrio por esta misión de acompañar a la infancia en su crecimiento.

Al final de mi carrera profesional, releo mis escritos y pienso que estas reflexiones podrían servir a personas que se topan con las mismas piedras con las que yo tropecé, y las comparto por si les ayudan a mitigar su pesar. Pero, sobre todo, creo que pueden utilizarse para generar reflexiones y debates sobre los temas más relevantes que vive hoy la educación.

Gracias a las redes sociales pude contactar con muchas personas entusiasmadas del hecho educativo, con quienes compartí y aprendí a partes iguales. Siempre me sentí recompensado ayudando a los demás y aprendiendo de mis iguales. No es una cuestión de altruismo sino de necesidad. Quizás, la necesidad de ser querido y (ad)mirado por alguien. Siempre necesitamos a gente que nos (re)conozca. Gracias, una y mil veces, a tantas personas que compartieron saberes y emociones conmigo, por dedicar el tiempo a esto tan importante, y tan poco valorado, como es el trabajo de educar a la infancia, y por haberme incitado a pensar sobre las dudas que la práctica siempre nos genera.

Solo pretendo mostrar, con este modesto ensayo, que quienes nos dedicamos a la educación estamos obligados a reflexionar diariamente sobre lo que vivimos en la escuela, en un intento de poner orden a las emociones que nos produce el trabajo y de equilibrarnos para poder educar mejor, de unir los trozos en los que nos descomponemos los seres humanos cuando nos enfrentamos a una tarea tan compleja como esta. Pero, además, tenemos el compromiso social y el deber moral de ir mejorando nuestra práctica educativa para contribuir, en la medida de lo posible, a una sociedad más justa y feliz.

El libro está dividido en dos partes correspondientes a mis dos etapas educativas; más de veinte años en Educación Infantil y unos diez como especialista en pedagogía terapéutica. No obstante, en las dos partes subyace la misma filosofía de una escuela transformadora y abierta a la diversidad.

Desde aquí, quiero dar las gracias a mis maestras y maestros, de quienes tanto aprendí, y a mis compañeras y compañeros de viaje, que soportaron mis desvaríos y ocurrencias. Sus enseñanzas son fueguitos que dan luz y calor a muchas de estas páginas. Debo mencionar especialmente a Mari Carmen Díez Navarro, que ha sido mi maestra desde siempre y que tanto me ha enseñado. Gracias por el sentido prólogo y tus sabios consejos para la escritura de este libro. Y mil gracias también a May —Mari Cruz Ruíz Campos—, compañera, amiga y correctora de este libro, que con cariño y sutileza ha sabido subsanar mis dificultades disléxicas y mis carencias semánticas.

Espero que estas reflexiones de carácter pedagógico con pretensiones literarias, no siempre conseguidas, pero siempre sinceras y sentidas, puedan ayudar a otras personas tanto como a mí me han ayudado al escribirlas.